

Compañeras de celda - 13 relatos de terror

Christina de Fran



Capítulo 1

Compañeras de celda

Tres meses más, pienso cuando su mano me tapa la boca y me aprieta los labios contra los dientes. Reprimo una arcada mientras él me lame la nuca. Su barbilla mal afeitada me rasca la piel. No me merezco esto, pienso, sólo he hurtado carteras, no le he hecho daño a nadie.

Cuando su pene me invade como si me partiera en dos, quiero morir. Pero mi cuerpo sigue pugnando por el poco aire que entra por las narinas que él me oprime con un dedo. Sollozo contra su mano mientras él entra y sale, entra y sale, me desgarrar, y con todo su peso me empuja contra el canto de la mesa.

Lo peor es lo que dice con voz afectadamente chillona: "Qué buenas amigas nos hemos hecho. Imagínate que me hubiera quedado en la cárcel para varones. Lo que te habrías perdido." Ya duele menos porque estoy sangrando. La sangre lubrica. Él saca el pene de mi vagina y de un empujón me lo mete en el ano. Al correrse dice: "Cuánto me gusta ser mujer."

Capítulo 2

Ingredientes frescos

El primer cliente de la mañana me hizo llamar a su mesa para echarme la bronca: que el pan estaba viejo, que los huevos, medio podridos, y que el zumo no estaba recién exprimido sino que sabía a tetrabrik. Lo invité a inspeccionar él mismo la cocina para cerciorarse de lo frescos que estaban los ingredientes en mi restaurante. Sus gafas se empañaron cuando entramos en el frigorífico industrial.

Después seguí preparando desayunos, luego almuerzos. Fui al frigorífico a por carne para las comidas del mediodía. Los clientes me felicitaron por lo tiernas que estaban las chuletas, cuán sabroso el estofado, y el caldo igual que antaño el de la abuela. Por la tarde preparé longanizas frescas para asarlas con pimienta y tomate. A quienes vinieron a cenar les encantaron. El hígado en salsa se acabó enseguida. Para los últimos cenantes sólo quedaban albóndigas, pero ¡buenísimas!

Cerrada la cocina, metí en un saco para basura los huesos, la ropa y las gafas del primer cliente de la mañana.

Capítulo 3

El ahogaputas

Decían que el ahogaputas nació en el sótano de un prostíbulo de Barcelona y que odiaba a su madre y a todas las trabajadoras del amor. Decían que se pasaba los días comiendo. Por las noches alquilaba alguna habitación de hotel y llamaba a putas, una tras otra. A cada una se le ponía encima hasta ahogarla bajo su vientre. Algunas decían que el ahogaputas se comía a sus víctimas.

Yo no creía en tales cuentos. Pero era cierto que desaparecían más chicas de lo habitual en Barcelona. Dejamos de trabajar en la calle. Nos refugiamos en la seguridad de los prostíbulos, que nos cobraban caras las habitaciones. Visitábamos en sus casas o en hoteles solamente a los hombres de siempre. Si llamaba algún cliente desconocido, le decíamos que no hacíamos visitas. Ojalá le hubiera dicho lo mismo al que llamó anoche y pidió que le visitasen dos chicas en el hotel Catalunya. Pero dije que sí. Me dolía una muela, necesitaba dinero para el dentista. Y creía que no podía pasar nada si íbamos dos.

Me acompañó Rocío, la que llamábamos la terremotos. En el metro no quiso sentarse a mi lado. Se puso auriculares y se quedó de pie para bailar sobre el sitio. Sus tacones batían el suelo del vagón, lo noté vibrar.

Saludamos al portero del hotel Catalunya y subimos a la habitación 3141. Nos esperaba un hombre gordo y risueño con una larga barba negra. No le preguntamos el nombre; para mis adentros decidí llamarlo Patrick. De antemano nos entregó un sobre con dos mil euros. Lo metí en mi bolso. Patrick no parecía tener prisa. Nos ofreció champán. Bebí mucho para matar el dolor de la muela. Mientras tanto, él desnudó a Rocío y se la llevó a la cama. Oí chirriar el colchón. Me acabé la segunda botella antes de hacerles compañía. Tambaleándome un poquito fui hacia la cama. Él estaba encima. No vi a Rocío. O sí: vi su cabellera en la almohada. Vi su brazo delgado salir de entre los pliegues de grasa de Patrick. Vi que sus dedos buscaban el borde del colchón, vi sus pies con los zapatos todavía puestos atrapados debajo de las piernas de él. Tardé en entender que Rocío trataba de salir de debajo del hombre que la aplastaba contra el colchón. La vi pugnar. La vi cesar de pugnar. El ahogaputas giró la cabeza, me sonrió y dijo: "Ahora te toca a ti."

Di media vuelta, cogí mi bolso con el sobre dentro y eché a correr. A Rocío no la he vuelto a ver.

Capítulo 4

Las fiestas

Pilar no fue a la fiesta: tenía miedo. Por todo el barrio pendían carteles de "Sólo sí es sí", pero ¿si alguien no hacía caso? Sergio del sexto piso la miraba descaradamente cada vez que tenían que compartir el ascensor. Ni imaginarse quería Pili qué ocurriría si coincidiese con Sergio borracho en algún callejón.

Los cinco chicos del edificio de en frente tampoco fueron a la fiesta: tenían prohibido el alcohol. Y seamos sinceros, hacen falta tres copas como mínimo para aguantar unas fiestas de barrio. Así que los cinco se reunieron en el sexto piso para jugar a la Play. Por la ventana vieron que había luz en el octavo piso de la otra acera, donde vivía la chica de la larga melena rizada. Decidieron visitarla.

A las doce, cuando estallaban los cohetes sobre los tejados del barrio y Sergio andaba borracho por ahí, cinco chicos pisotearon el cadáver desnudo de Pilar. La arrastraron de su ensangrentada melena rizada hasta una ventana. La tiraron a la calle. Cuando el cadáver impactó en la acera, ya habían cerrado la ventana para salir corriendo y riéndose a la escalera.

Capítulo 5

Efecto placebo

La mayoría de mis clientes sólo quieren hablar. Les escucho y pregunto alguna cosilla para mostrar que he prestado atención. Por ello me pagan. Los mantras, las barajas de Tarot y las piedras bonitas que les vendo a modo de talismán son mera excusa. La mujer de ayer también quería hablar, creía yo. Entró con cara de agobio y con un gorro enorme. Por un lado asomaban unos mechones de cabello rojo como las pelucas de payaso. Sin que yo preguntase empezó a contar sus penas:

„No sé decir que no. Esta mañana he ido a la peluquería y me han dejado teñida de rojo tomate cuando yo quería un rojo oscuro que pareciese natural. Al peluquero le hacía tanta ilusión experimentar una técnica nueva, y no he podido decir que no. Él ha quedado tan satisfecho con el resultado. ¿Cómo le iba a pedir que me tiñese de negro para cubrir aquel horror de rojo? Le he pagado y le he sonreído. No me podré quitar el gorro en todo un mes hasta la siguiente cita, porque si me tiño de negro yo misma en casa, el peluquero lo verá y preguntará por qué. Ya ves mi problema: que soy demasiado amable. Había pensado que tal vez me pudieses dar un mantra, o hacerme una hipnosis, o cualquier cosa para ser más firme con la gente.”

Cerró la boca. Ya parecía menos agobiada: dejar hablar a la gente les ayuda mucho. Pero no iba a ser suficiente. Decidí aplicarle un placebo fuerte a la pobre mujer. De lo alto de una estantería bajé la réplica de un libro medieval. Lo abrí con gran gesto y pasé las páginas hasta encontrar una con el dibujo de una ciudad amurallada. „Voy a llamar los espíritus – dije. – Usted será fuerte como esta muralla, intransigente con los que pidan lo que Usted no quiera dar.” „Ojalá,” dijo ella con voz apagada.

Dibujé con tiza sobre la mesa un círculo y unos símbolos mágicos. Saqué de un cajón una piedrecilla parda colgada de un cordel de cuero. La coloqué en el centro del círculo mientras improvisaba una historia: “Esta piedra viene del castillo inexpugnable de Sábada. Contiene la fuerza de quienes lo construyeron y la voluntad de quienes lo defendieron.” Encendí velas, corrí las cortinas. Empecé a leer lo que ponía en la página y con el pie pulsé un botón debajo del escritorio. Desde altavoces escondidos en los rincones sonó música etérea para acompañar la fórmula mágica que yo leía inventándome la mitad de las sílabas porque apenas veía el libro. Al pronunciar la última palabra pulsé de nuevo el botón para apagar la música. Me levanté, todavía casi a oscuras, y colgué la piedrecita del cuello de mi atónita clienta.

¿Cuándo me percaté de que algo había ido mal? ¿Cuando ella se levantó sin darme las gracias? ¿Cuando discutió el precio? ¿Cuando se fue con un

portazo y sin haber pagado? No puedo decir que me sorprendiese verla hoy en el telediario con el cabello negro, con un cuchillo sangriento en la mano y con los ojos duros como la piedra parda colgada de su collar.

Capítulo 6

Hánsel y Grétel

¿Conocéis el cuento de Hánsel y Grétel? ¿El de la madrastra malvada que obliga al padre a abandonar en el bosque a los niños? Ellos matan a una bruja y vuelven a casa. El padre les dice que la madrastra se ha muerto, o en otras versiones, que se ha ido para con algún ricachón. Es mentira. La madrastra no era malvada y la bruja no era la única con ganas de comer carne de niño.

Cuando se acabó el pan, la madrastra vio que el padre miraba a los niños, se lamía los labios y tragaba saliva. Le obligó a llevarlos al bosque y dejarlos cerca de la carretera que llevaba a la ciudad. Esperaba que Hánsel y Grétel fuesen hacia allí. La madrastra se quedó. Esperaba que con la carne de ella, el hombre no fuese a perseguir a los niños. No gritó cuando su marido la agarró y le hundió el cuchillo en el cuello. Sabía que no había nadie cerca para ayudar.

Cuando Hánsel y Grétel volvieron a casa, ya no quedaba nada de la pobre mujer. Menos mal que llegaron con los bolsillos llenos de perlas y con una carreta de pan.

Capítulo 7

La escritora realista

Estaba claro que Marta iba para escritora, para premio Nobel de la literatura. Desde niña devoraba los cuentos fantásticos. En clase de lengua y literatura sacaba dieces cuando a partir de una serie de dibujos tenía que escribir narración. Cuando le pedían contar qué había vivido durante las vacaciones, lo evocaba tan vívido que todos escuchaban absortos. Sus padres le regalaban cuadernos bonitos para que pudiese escribir. De vez en cuando Marta eligía alguno, le acariciaba el lomo, olfateaba las páginas. Lo colocaba abierto en el escritorio y se quedaba sentada toda la tarde con la cabeza entre las manos. No se le ocurría nada. Sabía contar maravillosamente lo que hubiese vivido y oído, pero no sabía inventar ni un solo cuentecillo. Podía escribir novelas realistas, por ejemplo sobre cómo se habían conocido los vecinos del sexto, pero las novelas rosas la aburrían. Las contemporáneas serias, aun más. Para las guerras y las aventuras había nacido tarde. Y tampoco le gustaban. Le atraían sobre todo los cuentos de terror. Los leía a cien páginas por hora. Pero para escribirlos le faltaba la imaginación. ¿Cómo gritaban, cómo morían las víctimas de los monstruos o de los asesinos en serie? Marta no quería copiar cómo lo describían otros autores. Guardó los cuadernos y se hizo contable.

A los veintidós años le tocó la lotería. Se compró una casita en el barrio Las Huertas. Al mudarse llevó consigo una caja de cuadernos bonitos y vacíos. Los dejó en el sótano. A los veintitrés años publicó su primer libro de cuentos de terror. A los veinticuatro, su primera novela. Les helaba la sangre a los lectores con cómo describía las heridas que sufrían las víctimas de sus monstruos y asesinos. Pormenorizaba desde dónde brotaba la sangre en un corte desde la comisura de los labios hacia la oreja; cómo sonaba al impactar contra el suelo una lengua arrancada; qué sensación daba debajo del talón al pisarla. Describía cuánto rato aguantaba gritando un hombre destripado vivo.

Cuando en entrevistas la preguntaban de dónde sacaba las ideas, Marta sonreía y miraba al suelo. Se pasaba los días escribiendo. Cada noche bajaba al sótano a por más cuadernos y más inspiración. A lo largo de diez años publicó libro tras libro y ganó premios. A los treinta y tres murió en un accidente de tránsito. Sus padres heredaron la casa en el barrio Las Huertas. Tardaron en ir allí. Cuando abrieron la puerta del sótano, por poco no vomitaron del olor a calabrina. La última víctima aún pendía de la cruz de san Andrés.

Capítulo 8

El fontanero

Era lunes por la mañana y Pedro hubiera preferido quedarse en casa para dormir la resaca. Pero le llamaron para arreglar un inodoro atascado en la calle Monzón. El fontanero se tragó dos aspirinas contra el dolor de cabeza y se metió en la furgoneta. Al entrar por la puerta del piso en cuestión notó un pestazo, un tufillo, un olor que conocía de algún lado. Desde luego que no era el hedor a acantarillado que solían desprender los inodoros atascados. Era más bien – no conseguía acordarse de dónde lo había olido.

“Ya he echado toda la botella de desatascador” dijo el dueño del piso. Pedro le siguió al cuarto de baño y parpadeó contra la luz. Vio el inodoro lleno a tope de agua. No había nada flotando, gracias a Dios. Abrió la caja de herramientas. El desatascador de goma surtió poco efecto. Sólo consiguió que el agua de la taza se tiñese de pardo rojizo. El pestazo salía más fuerte. El fontanero tenía seca la boca. ¿Dónde había olido aquello? Hacía poco tiempo, pero... Pedro sacudió la cabeza y enseguida se arrepintió. Ojalá hubiera tomado tres aspirinas, o cuatro. Y estaba claro que tenía que apartar de la pared la taza del inodoro para acceder directamente al tubo. Reprimió las arcadas y se puso los guantes de goma.

No salió mierda del tubo atascado. Se derramó un líquido rojizo y apestoso. Lo limpiaron. Luego el dueño se llevó los trapos sucios y Pedro metió la mano en el tubo. Sacó unos huesecillos. Su cerebro resacado quiso pensar en los huesos de la mano humana, pero Pedro lo llamó al orden: serían de pollo o de conejo. Sin girar la cabeza le dijo al dueño: “No puedes tirar por el inodoro los restos de la comida.”

“Vale, no lo haré más,” oyó. Metió de nuevo la mano y sacó más huesecillos, luego unos fragmentos blancos como de huesos más grandes. Por fin llegó a la causa del atasco: sacó del tubo toda una mandíbula. Miró hacia la puerta. Allí estaba el dueño con una mano apoyada contra el marco. Con la otra esgrimía un cuchillo largo. Y Pedro reconoció aquel olor: hacía quince días que había arreglado un grifo en el matadero.

Capítulo 9

El libro de los muertos

Me sentí halagada cuando me trajeron el libro de los muertos. Vino toda una delegación del consejo parroquial. El Sr. Buil se quitó el sombrero antes de entregarme un paquete envuelto en papel marrón.

"Aquí te traigo el libro del que hablamos el otro día," dijo. "Lo encontramos en la antigua casa parroquial. El Profesor Feraud, que Dios lo tenga en su gracia, dijo que era un registro de bautizos. Pero ya no tuvo tiempo para mirarlo entero."

"Sí, pobre," dije.

"Una pena, a los cuarenta años – dijo otro señor de cuyo apellido no me acuerdo. – Eras su mejor alumna, ¿verdad? Tu abuela dice que tú también sabes latín."

"Pues sí, algo sé." El envoltorio crujía entre mis manos.

"¿Leerás el libro? Tal vez ponga algo más, algo de la historia de nuestra parroquia."

Dije que sí y se despidieron diciendo que no urgía, pero enfin, que cuando tuviese un rato...

Apenas cerrada la puerta, me senté en el escritorio y con infinito cuidado desenvolví el libro. Una goma lo mantenía cerrado. Cuando la quité, vi que estaban sueltas las tapas. De las amarillentas hojas se desprendían copos de papel. No ponía título. En la primera página empezaba en latín el registro:

Año 1634, día 2 de agosto. Bautizado Francisco Tarrero Calvo, hijo de Roque Tarrero Frontons, jornalero de Cregenzán, y su esposa María Calvo Latorre. Padrino Martín Sotelo Cajal, molinero de Berbegal.

Día 5 de agosto, bautizada Eulalia García Gómez, y así seguía a lo largo de veinte páginas. Necesitaba poco latín para entenderlas. En la página 21, un título: matrimonios. Veinte páginas de nombres y fechas, después el registro de los difuntos. A partir de la página 61, más bautizos. Así se alternaban los registros de la parroquia: nacer, casarse, morir. En las fechas del año 1641 cambiaba la letra y continuaba otra mano. Pasé las páginas. Varias veces más cambiaba la letra. Las fechas abarcaban casi doscientos años. Al final del libro quedaban unas hojas en blanco. Volví a la última página escrita. Ponía siete defunciones del año 1830. Debajo:

2019, 5 de noviembre. Muerto Pierre Feraud Pelager, maestro de escuela.

Lo ponía en la misma letra de toda la página, en la misma tinta marrón, en latín.

Fui corriendo a casa del Sr. Buil para devolverle el libro. Dije que no ponía nada de historia, sólo fechas y nombres.

“¿Has mirado todas las páginas?” preguntó.

“Sí. Lo siento.”

“Enfin, qué le vamos a hacer, - dijo él. - Pensaba que tal vez ponía algo sobre el incendio de la iglesia. Ardió, ¿sabes?. Ahí por el 1830. Cuentan que el cura de entonces murió en el incendio. La Señora López de la calle Monzón dice incluso que aquel cura lanzó una especie de maldición.”

Fui la última en ver vivo al Sr. Buil. Por la mañana lo hallaron muerto. De infarto, dijo el médico. Han llevado el libro al museo diocesano. Allí está si lo queréis ver. No me sorprendería que hubiese una entrada nueva.

Capítulo 10

Despedido

- Me han despedido.
- Y ahora, ¿qué?
- Lo siento, mi amor.
- ¿No has podido aguantar tres meses más? ¿No has podido tragarte de una vez tus opiniones? Sabías que necesitamos el dinero. ¿Cómo voy a pagar la matrícula del semestre si en la cuenta no entra un sueldo?
- Si solicitases beca, tal vez...

Esta noche, la estudiante consultó en la página web de la Universitat de Barcelona las exenciones y deducciones de matrícula. Familia numerosa, no. Matrícula de honor, no. Discapacidad, tampoco. Víctimas de terrorismo. Víctimas de violencia de género.

Se levantó, salió al balcón y sacó el móvil. Por el cristal de la puerta miró a su novio, que estaba leyendo las ofertas de trabajo en el periódico de la mañana.

- Lo siento, mi amor - susurró y tecleó el 016.

Capítulo 11

Casa ocupada

No sabíamos de quién era la casa en la calle Monzón, pero le hacíamos un favor ocupándola. Reparamos el tejado. Barrimos de los suelos la hojarasca y la mierda de paloma. Tiramos una alfombra medio consumida por los polillos. Unas manchas oscuras desfiguraban el linóleo de debajo. Fregamos con lejía hasta quitarlas. Abrimos los grifos y nos alegramos de ver que salía agua, aunque sucia al principio. También funcionaba la luz. La calefacción, no. En el sótano había dos grandes depósitos de gasoil medio llenos y una caldera. Decidimos llamar al fontanero algún día. Nos quedamos mirando el suelo del sótano: partes de tierra batida se alternaban con el hormigón. "Igual hay muertos enterrados," bromeó mi compañera. Con la boca seca me obligué a reír.

En la cocina encontramos una sola cazuela y una sartén, pero dos docenas de cuchillos largos, resplandecientes y bien afilados. Los fregamos para aprovecharlos. Decidimos aprovechar también la mayoría de los muebles. Sólo tiramos el colchón de la cama de matrimonio porque tenía manchas oscuras parecidas a las del suelo. Sacamos del armario la ropa, de anciana toda, y la llevamos al contenedor de Cáritas. Metimos nuestras cosas.

Con los demás muebles fuimos poquito a poco. Conforme abríamos cajones, aprendimos algo sobre la señora cuya casa teníamos ocupada. En unos papeles del banco vimos que cobraba pensión de viudedad, pero no encontramos huella del difunto esposo. Las fotos en las paredes eran todas de mujeres embarazadas. Tiramos cajones enteros de recortes de periódicos y revistas que mostraban embarazadas a la princesa Diana, a modelos y actrices. Los amarillentos libros en los estantes iban sobre el embarazo y la maternidad.

Los vecinos nos miraban con recelo al principio, pero a lo largo del verano nos hicimos amigos. Varios nos invitaron a sus casas a comer. Sin embargo, nadie quiso venir a visitarnos. Tampoco nos querían hablar de la dueña anterior de nuestra casa. "Dejemos en paz las viejas historias," dijo la vecina de enfrente. "Así tal vez podréis vivir aquí." Creí que se refería a alguna trifulca de familia. Tal vez había disputa entre los herederos de la señora, y por ello nadie venía para echarnos. No pregunté más.

El último mueble que abrimos fue un baúl en el pasillo. Hallamos dentro una caja de madera más pequeña llena de telas blancas: ropita de bebé, toda sin usar. Al sacarla vi que la cajita era una cuna al estilo antiguo, adornada con florecitas pintadas. En el hueco entre la pared de la cuna y la pared del baúl quedaba un fardo envuelto en tela. Lo saqué y lo abrí. Me cayeron al regazo varias cuerdas de cáñamo. Tenían manchas oscuras

de las que se desprendía un polvo como de hierro oxidado.

Pregunté a la vecina de en frente. Cuando le mostré las cuerdas, ella me contó que en la ciudad solían desaparecer mujeres embarazadas.

Hemos decidido quedarnos en la calle Monzón. Hemos puesto radiadores eléctricos. No bajamos al sótano. A veces creo que oigo ruidos desde allí abajo. Hemos tirado los cuchillos.

Capítulo 12

Sillas

Niceto se despertó con la boca seca. A tientas buscó el interruptor para encender la luz de la mesilla. El vaso no estaba. La chica de limpieza lo debía de haber llevado a la cocina para fregar. Él también tenía que ir a la cocina para echar un traguico. Le dolían los riñones, un dolor conocido que le acompañaba desde hacía años. Niceto apretó los dientes y se incorporó. No oyó crujir sus vértebras, estaba demasiado sordo ya. A tientas buscó las chanclas de casa. Le costó tres intentos meter los pies. "¡Patoso!", masculló.

Se apoyó primero en el armario, luego en una silla. Así llegó a la puerta. Hasta allí alcanzaba la luz desde la mesilla. La del pasillo no la podía encender: los interruptores estaban en los dos extremos, su habitación estaba en el centro. Puso la mano derecha en la pared. Arrastraba los pies. "Sí, hijo mío, siempre dices que no los arrastre," dijo, "pero qué quieres que haga a mis ochenta y siete años, ¿brincar como un cabrito? Soy un viejo cabrón que ya no vale pa' na."

Su mano tropezó con el interruptor de la luz. No la encendió: enseguida venía la puerta de la cocina. Allí sí que dio la luz. Echó un trago de agua, dejó el vaso en la fregadera. Apoyó los brazos en la encimera y jadeó hasta sentirse con fuerzas para volver a la cama.

Apagó la luz de la cocina. No dio la del pasillo. Apoyó la mano derecha en la pared. "Arrastro los pies, sí señor, - masculló - mi hijo no es quien manda en esta casa, ya no vive aquí siquiera." El marco de la puerta, girarse, seguir andando. "¿Llevo abierto el pijama? Tengo frío." Tanteó hasta dar con los botones, se los cerró bien sobre el pecho. Chocó con algo duro, algo de madera. Una silla. "¿De dónde has venido? No hay sillas en el pasillo, coño. ¿Por dónde me he metido? Aquí hay otra silla, aquí - ¡ay, qué dolor!" Se había dado con la cadera contra el canto de la mesa. "Estoy en el comedor, ahora lo sé." Jadeaba. "¿Dónde está el interruptor? ¿Dónde está la puerta? Otra silla. ¡La madre que la parió!"

A oscuras apartó las sillas, se giró, dio otra vez contra la mesa. Tanteaba con las dos manos, se daba rodillazos contra sillas y más sillas. En vez de volver hacia el pasillo, se metía más adentro del comedor. Mascullaba palabras, escupía tacos, al final gritó. Volcó una silla. Al tratar de ponerla bien, se cayó él mismo. Algo crujió en su cadera. Gritó. Le dolía la pierna derecha. Le dolían los riñones como siempre. El dolor de pecho era nuevo. Trató de incorporarse. No tenía fuerza en el brazo izquierdo.

Al día siguiente su hijo pasó a visitar. Encontró a Niceto en el suelo del comedor, muerto entre sillas volcadas.

Capítulo 13

A mediodía

Entiendo que tengáis miedo a la oscuridad. Yo también lo tenía. Pero fue a mediodía cuando viví mi peor pesadilla, a pleno sol en un matorral de la Sierra Nevada. No había sombra ni para un gato, mucho menos para tres hombres que chorreaban de sudor. Íbamos últimos en una carrera cienquilométrica: delante Ramón, que se sabía los nombres científicos de todas las plantas de por allí. Llevaba rato sin decir ninguno; igual no veía nada nuevo entre los erizones. Segundo iba yo maldiciendo para mis adentros las zapatillas nuevas que resbalaban sobre la arenilla. Detrás de mí andaba Israel con su repertorio inagotable de chistes. Ojalá me hubiera vuelto para mirarlo cuando se calló. Pero la verdad es que estaba aliviado.

Caminamos en silencio un rato hasta que resbalé y me caí de culos. “No te rías, gracioso,” dije preventivamente, pero la risotada no sonó. Entonces volví la mirada y vi que Israel no estaba.

Lo llamamos a voces, lo llamamos al móvil. “No sea que se haya desmayado,” dijo Ramón.

Decidimos desandar. A cada paso maldije el sol y las zapatillas y al inútil de nuestro amigo que nos hacía perder el tiempo en vez de ayudarnos a llegar por fin a la maldita meta. Por poco no pisé la sangre.

La arenilla se había tragado el líquido, pero era inconfundible el color. Desde una mancha grande, un rastro de gotas se metía por el matorral de nuestra derecha, alejándose del camino. “¡Israel!” grité. “¿Dónde te has metido?” Silencio. Seguimos la huella. Sobre la marcha, Ramón telefoneó a la organización de la carrera para que nos mandasen una ambulancia. Ascendimos a un cerro. Al otro lado vimos un barranco seco. Allí, algo devoraba a Israel.

Grité. Ojalá me hubiera quedado mudo, pero grité. Y aquello alzó la

cabeza.

Dimos media vuelta y bajamos corriendo. Resbalé, caí con las manos en un erizón. Me levanté y seguí corriendo. Ramón también resbaló. Le oí caer. Le oí gritar. No me volví. Corrí hasta el camino, corrí los cinco kilómetros hasta el punto de avituallamiento. Allí me desmayé.

Ahora la policía sospecha de mí. Lo entiendo: no hay nadie más que hubiera podido matar a Israel y a Ramón. Dicen que buitres se comieron parte de los cadáveres. Pero ningún buitre arrastra la carroña medio kilómetro antes de hincarle el pico. Y ningún buitre deja dentelladas.